

CONFER

CONFERENCIA VENEZOLANA
DE RELIGIOSAS Y
RELIGIOSOS

*Lo diverso nos lleva a complementarnos
y facilita la colaboración.*

SEPTIEMBRE
DICIEMBRE

2011

Nº 3

CONVER

Conferencia Venezolana de
Religiosas y Religiosos

Año 12 - Nº 3
Septiembre – Diciembre
2010

DIRECTIVA DE CONVER

Hno. Gerardo Castillo

Presidente

Hna. Judy Mora Castillo

Vice Presidenta

Vocales

Hna. Yolanda Zambrano

Hna. Carmina Navarro

P. Eric Pérez

P. Lisandro Alirio Rivas

Suplentes

Hna. Ma. Josefa Carmona

Hna. Ma Rosa Castellanos

P. Arturo Peraza

P. José Antonio Sabino

Hna. Elayne Catarí

Secretaria General

Dr. Carlos Noguera

Administrador

Sede

6ª Transversal. Entre 3ª y 4ª

Avenidas. P. B. Altamira.

Teléfonos:

(0212) 2617015 (0212) 2665895

Fax: (0212) 2617015 ext. 109

Email:

conversec@gmail.com

sec.conver1@gmail.com

Página web:

www.conver.org.ve

Caracas 1060 - A -
VENEZUELA

PRESENTACIÓN

La intercongregacionalidad es posible y necesaria, nos dice José María Arnaiz en su artículo. Es una llamada a la apertura, a lo nuevo y a lo distinto, a ahondar en lo que es común y hacer complementario lo distinto.

Pide estructuras nuevas y diferentes de las existentes, pide sobre todo un encuentro carismático.

- Puede ser el inicio de una nueva forma de Vida Religiosa.
- Necesitamos unirnos y trabajar en red.

El camino para el conocimiento no es el de separarse y aislar cada cosa en sí misma para comprenderla, sino saber relacionarla con todas las realidades que la circundan.

“TIEMPO, MEDIOS Y RELACIONES”, nos invita a tener una apertura más grande, un horizonte más amplio sobre las vocaciones religiosas. Nos lanza al ejercicio de la escucha y del compartir, a un diálogo muy atento a cada persona y a cada experiencia.

Una oportunidad para ir colocando semillas de una nueva forma de Vida Religiosa que ayude a resituarnos en el nuevo mundo y en la nueva Iglesia que necesitamos.

Ser parte de este “lugar teológico”, desde el cual se grita al mundo que Dios es comunidad.

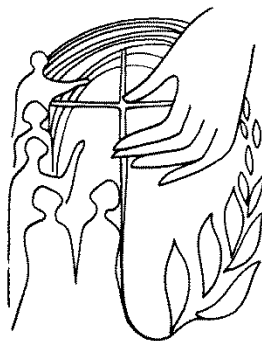
CONTENIDO

Intercongregacionalidad.....	04
Posibilidades a partir de la misión	13
Tiempos, medios y relaciones	21
A manera de Débora	27

El carisma es don del Espíritu a la Iglesia para el mundo

“INTERCONGREGACIONALIDAD” posible – conveniente – necesaria e indispensable.

José María Arnaiz, sm



INTRODUCCIÓN

Tener el sentido del tiempo actual y descubrir en él el movimiento del Espíritu no es fácil, pero resulta indispensable para vivir un presente que tenga futuro.

Nuestra realidad actual, incluso la de la vida religiosa, está marcada por múltiples exclusiones que marcan los diferentes aspectos de nuestro momento histórico; se excluye por motivos de género, sexo, edad, jerarquía, raza, cultura, posición social y económica, salud, credo, escolaridad, convicciones políticas y podríamos seguir. Sin embargo hay en el ser humano y en los grupos un anhelo profundo de inclusión, de relación, de red y de nexo e integración. Los institutos religiosos viven un intenso dinamismo de intercongregacionalidad.

Entramos en este tema ofreciendo unas grandes afirmaciones que nos ofrece el contexto para abordarlo debidamente.

La primera es que la vida religiosa, en el pasado se ha definido en *clave de separación y de distanciamiento*. Separación del hombre de la mujer, del religioso del laico y del religioso marianista del carmelita; más aún, ha habido una cierta separación de la vida de la Iglesia y, por supuesto del mundo. Ha sido real la separación, en ocasiones, se ha traducido hasta en competitividad y rechazo.

Pero se está dando un paso decisivo para los tiempos presentes y futuros y que tienen que ver con la concepción de la identidad y que va a reafirmar y facilitar la intercongregacionalidad. Cada vez más lo que nos *distingue no es tanto para diferenciarnos como para complementarnos*. Este aporte al pensamiento actual hecho por M. Levinas va a suponer grandes cambios en la vida de la Iglesia y no menores en la VC. Descubrimos nuestra identidad mirándonos en el espejo del otro que tiene lo que yo necesito y yo tengo lo que él necesita, y uno y otro, nos definimos con lo propio y lo ajeno.

A todo esto hay que añadir que estamos en un momento en que las comunidades cada vez van intuyendo que tienen que ser más

grandes e integradoras para hacerse significativas. Y esto sucede en buena parte por contraste. En un momento en el que el individualismo es un síntoma de enfermedad grave y casi mortal, la integración por una parte es necesaria y por otra se la rechaza.

Una congregación religiosa no puede subsistir si no es algo más que la suma de sus integrantes, individualmente comprometidos en una misión, como les recordaba a los jesuitas hace unos años el entonces Prepósito General, P. Kolvenbach. Sin esta comunión del cuerpo apostólico se entra en una fragmentación humanamente decepcionante e infecunda. *La unidad en la diversidad o la diversidad unida resulta indispensable.* El momento es muy complejo, ojalá nos encuentre al menos unidos y marcados por el auténtico afecto que crea puentes y sana heridas. Poco a poco hemos ido aprendiendo que la comunidad no es solo para la misión, sino que en sí misma es misión y todos la necesitamos.

Siguiendo con la misma reflexión, no podemos dejar de afirmar que en la cultura actual la categoría del encuentro es clave y la intercomunicación indispensable; para analizar esta cultura y entrar en su dinamismo no se puede prescindir de esa categoría.

“Encontrarse es todo”. Este dinamismo virtual pasa por la realidad del encuentro que a veces se hace desencuentro para recuperarse por el reencuentro. Por supuesto, encontrarse es exigente; pone condiciones. De la sabiduría africana nos viene la estupenda intuición : las montañas no se encuentran; y no lo consiguen porque no se mueven. La realidad del encuentro pide mucho, pero también podemos decir que da mucho. Es una ley de vida que aquello que no circula muere.

Lo que nos
distingue no es
tanto para
diferenciarnos
como para
complementarnos.

Son diversas las actitudes que recoge la historia y el presente momento en relación con el “inter”, la interacción y la conexión. En la *etapa tribal* solo existían las certezas y normas del grupo; las creencias y normas de los demás son rechazadas o al menos desperdiciadas.

En la etapa intermedia, *la imperialista* o expansionista los otros existen pero solo para recibir lo que les damos; no se considera que los demás puedan contribuir en nada importante ya que son elementos pasivos.

El momento actual nos ha situado en la *etapa pluralista* donde se reconoce el valor de lo diverso y en la que el otro tiene mucho que aportarme y con lo que enriquecerme. En la actitud tribal el otro es ignorado, en la imperialista es absorbido y en la pluralista es reconocido. En realidad, estas tres actitudes conviven en nosotros y en este momento cultural tiende a predominar la última, Este hecho no lo podemos olvidar si queremos hacer una opción clara por la intercongregacionalidad.

Dando un salto más; entrando en el dominio teológico y haciéndonos eco de esta interdependencia sociocultural, bien podemos afirmar que “el carisma de una congregación religiosa tiene dificultad para dar razón de sí a partir de sí mismo”.

Todo carisma es eclesial y solo cuando es vivido con la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia adquiere su fuerza plena. Por eso, bien podemos definir un carisma religioso como *un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo.*

Esta expansión a los diferentes integrantes de la Iglesia es signo de la plena madurez del carisma. Por eso, el año pasado, el entonces secretario de la Congregación para la VC en Institutos seculares, Mons. Gardin afirmaba: *“La VC o los Institutos religiosos tiene que dar varios pasos: el paso del ignorarse al conocerse, de la desconfianza al acogerse, de la competitividad a la colaboración, de la capilla a la catedral, de la catedral a la plaza de San Pedro”*.

Todas estas realidades son como flash del tema que nos ocupa y nos pone en el camino para abordarlo bien. Tema de muchas facetas; tema práctico y de consecuencias decisivas; tema serio y que supone un buen sustrato de teología que se está profundizando para abordarlo y proponerlo seriamente, ya que nos pide resituarnos y reestructuraciones y por supuesto apunta a cambios trascendentes. En este tema se precisa ver, juzgar y reflexionar antes de actuar, pero no hay que dejar para cuando sea demasiado tarde la acción.

En esta realidad se está dando una gran creatividad y eso es bueno; es fruto del Espíritu. Es una realidad operacional. La intercongregacionalidad hay que vivirla y por lo mismo no podemos dejar de hacernos las preguntas encaminadas a la acción: ¿Qué es,

por qué ponerla por obra, quiénes son los protagonistas, cómo realizarla?, frutos que podemos esperar, pasado, presente y futuro, hasta donde nos lleva, dificultades que podemos esperar...

1.- CUANDO HABLAMOS DE INTERCONGREGACIONALIDAD ¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO?

Por supuesto es bueno dar una mínima definición de intercongregacionalidad. Aunque la palabra no aparece en el diccionario ordinario y ni siquiera en los diccionarios de la VC. Bien podemos decir que en el argot de la vida religiosa consiste en *la relación entre una congregación y otra*; hacer esa relación cada vez más intensa es algo posible, conveniente y necesario y para algunos grupos, en este momento indispensable.

Esa relación la hacen más intensa todos los motivos que antes indicaban; para algunos el hecho de que las congregaciones están disminuyendo en número y por tanto la unión hace la fuerza y permite una sinergia que las saca de la decadencia. Para otros les mueve a dar este paso el hecho de encontrarnos en día de revitalización.

Una empresa conviene que se junte a otra no cuando está decadente, en ese caso lleva las de perder. Si no cuando se encuentra en un buen momento.

No hay duda que la intercongregacionalidad es *un espíritu, una actitud*. Fomenta los lazos de la vida y la comunión fraterna; los que hacen superar el individualismo y diluir el personalismo. No apunta a la uniformidad sino que ahonda la comunión que se hace de la diversidad; no pretende la indiferencia y menos la confusión sino la unión.

La intercongregacionalidad fomenta los lazos de la vida y la comunión fraterna, hace superar el individualismo.

Por supuesto cuando hablamos de intercongregacionalidad nos referimos *a una forma de vida que supone una dinámica espiritual capaz de llegar a crecer en comunión*. Esa forma es un modo de anticipar los tiempos, no se puede aceptar que el tiempo decida por los religiosos.

La intercongregacionalidad será siempre una exigencia y una llamada a la apertura, a lo nuevo y a lo distinto, a ver lo esencial y aceptar lo distinto, a ahondar en lo que es común y hacer complementario lo distinto.

La intercongregacionalidad supone y es *un modo de estructuración*; que se hace con y por el Espíritu ya que el futuro no nos pertenece sino que está en las manos de Dios. Pide estructuras nuevas y diferentes de las existentes; pide sobre todo un encuentro carismático, sin el cual nada es posible.

La reestructuración organizativa si no reavivamos al mismo tiempo el don del carisma compartido que se nos ha concedido y los núcleos de gracia que configuran nuestra identidad no nos permitirá ser “un fuego que encienda otros fuegos”.

Por supuesto que la intercongregacionalidad no es más de lo mismo; *es algo nuevo*. Y nos pide ver las cosas con ojos nuevos. Las Congregaciones que se acercan y se juntan y se apoyan deben acertar a contar el relato de los pasos dados y cómo han hecho para que el fuego no se extinga sino que reviva. Para ello necesitan peregrinar a los orígenes, beber de las fuentes, volver a escuchar las palabras originales y originantes, entrelazarlas y comenzar un nuevo relato o al menos un nuevo

capítulo. Este grado de intercongregacionalidad que puede llegar hasta la fusión que es lo más; pero es bueno, como vamos a ver en el apartado, que prestemos también atención a lo que es lo menos; nos deja con ganas de más.

Una llamada
a la apertura,
a lo nuevo
y a lo distinto,
a ahondar
en lo que
es común
y hacer
complementario
lo distinto.

En fin, la intercongregacionalidad es *un proceso y en él la meta es el camino*. Supone tiempo, pasos diversos y etapas, objetivos y superación de obstáculos, juntar lo que está separado. Son personas las que realizan y protagonizan este proceso. Proceso que pide un camino marcado en su ritmo, en su

comienzo, en sus integrantes por la meta que se quiere alcanzar.

2.- ESTAMOS EN CAMINO DE INTERCONGREGACIONALIDAD.

El proceso de renovación y revitalización que hemos vivido y estamos viviendo ha sido intercultural e intercongregacional; nos hemos ayudado unos a otros con la reflexión, las experiencias, las presencias. Estamos desde hace unas décadas en caminos de intercongregacionalidad.

Ya en 1951 se tenía el primer congreso internacional de estados de perfección y en aquel momento se constató que para la renovación se diera se tenían que multiplicar las acciones conjuntas de los institutos religiosos. Y lo poco y lo mucho nos puede permitir llegar a lo más.

La intercongregacionalidad, desde hace unas cuantas décadas, dio un vuelco a la formación inicial y permanente. Los y las religiosas jóvenes son intercongregacionales; por eso tienen una especial facilidad para vivir y actuar intercongregacionalmente; lo llevan en la sangre.

Ellos han crecido así y tienen una cierta con naturalidad. Se han formado juntos; y ello no supone para nada el abandono de la propia vocación.

Ha sido y es intercongregacional la información. La entrada en las páginas web ha sido facilitada, y de hecho muchas páginas son propiedad de varias congregaciones o de las Conferencias Nacionales o de los Superiores Generales. Se comparan las revistas y las publicaciones.

Las Conferencias Nacionales, continentales o las Uniones de Superiores Generales han sido un paso más en este proceso. Estos organismos nos han acercado, juntado, orientado, comprometido en acciones comunes. Han ofrecido servicios que nos han implicado ideológica, económica, pastoral, profesional y emocionalmente.

Un paso más fue el emprender obras comunes; obras educativas, de desarrollo humano, de salud y de animación misionera. Esto comenzó a darse hace unos 30 años y va en aumento. En ocasiones unas congregaciones han acudido en ayuda de otras o varias han iniciado una obra conjunta. Se han dado ejemplos admirables de ayuda económica entre diversas congregaciones.

También se ha iniciado vida comunitaria integrada por miembros de varias congregaciones. Todos los integrantes tienen una persona que es la coordinadora del grupo, el grupo tiene un programa de vida de oración, una misión conjunta o diversa y comparten los gastos

comunes y a veces los ingresos personales y sobre todo los carismas propios a todos los niveles. En realidad se da la doble pertenencia; a la comunidad mixta o intercongregacional y a la propia congregación.

Un ejemplo de integración de carismas lo tenemos en los religiosos y religiosas que comparten reflexión y acción y llegan a la comunión bajo el alero de Focolares. Ellos editan una revista que recoge las experiencias de integración y potenciación carismática entre miembros de diferentes congregaciones. Con esta integración buscan poner de relieve que es más sustancial ser religiosos que pertenecer a una Congregación determinada.

Todos estos pasos son expresiones de la comunión intercongregacional. Juan Pablo II lo llama en *Vita Consecrata* manifestaciones de “una fraterna relación espiritual” y de “una comunión operativa entre los diversos carismas. Para muchos son como las puntas de un iceberg que asoma por encima de “una fraternidad vivida en el mutuo enriquecimiento carismático... y en la reciprocidad y en la complementariedad de las vocaciones eclesiales”.

Y todo esto pide una evaluación. ¿Van en buena dirección? ¿Corresponden a lo que habría que hacer? ¿Con ello se

pierde identidad religiosa o se gana? ¿Son mitad de camino para llegar a la fusión? ¿Los institutos vigorosos logran comunicarse y comunicar fervor y pasión por el reino a los que no lo son tanto?

La unidad
en la
diversidad
o la diversidad
unida
resulta
indispensable

3.- ¿CUÁL ES LA ETAPA SIGUIENTE?

El paso siguiente viene en parte exigido por los precedentes. Es la restructuración de las congregaciones entendida como fusión de unas con otras y ello para bien de unas y de otras y del conjunto de la vida religiosa. De la comunión de los carismas se pasará al reconocimiento de la identidad real de los mismos y, en el fondo, de sus implicaciones. Ello pedirá pasos previos.

3.1. El acogerse para conocerse.

La revista *Testimonio* ha desarrollado en parte, tanto este paso como el siguiente. No hay duda que cuanto mejor conocamos el carisma de los demás mejor conoceremos el nuestro. Se ha dicho que el camino mejor para conocerse a sí mismo es hacer un viaje por todo el mundo. A los ingleses se les atribuye el dicho que el que solo conoce Inglaterra no conoce Inglaterra. El Documento *Repartir de Cristo* invita a los religiosos a multiplicar las iniciativas para conocerse cada vez mejor.

Reconoce que no se puede afrontar el futuro desde la dispersión; se nos invita a querer a las otras congregaciones religiosas como a la propia. Es bueno recordar que la Iglesia no es un supermercado de carismas sino la red de los mismos; a todos se nos invita, en cierto modo, a beber del mismo pozo y saborear el agua que bebemos. Hay que conocer al otro para reconocer la propia identidad. Los grupos que con su diversidad no buscan la comunión no están movidos por el mismo espíritu. El bien espiritual que yo recibo me viene de los demás.

Este conocimiento nos lleva a lo concreto; a pensar bien de los demás, a desarrollar la amistad, a destacar el valor de los otros carismas, a descubrir las

grandes sintonías que nuestro carisma tiene y que vienen de los demás. Todo ello pone en evidencia la gran sabiduría presente y oculta en el pozo de la humanidad y de la Iglesia. Este dinamismo que desata el conocimiento no es fácil pero en él debemos entrar.

**Intercongregacionalidad
una forma
de vida que supone
una dinámica
espiritual
capaz de llegar
a crecer
en comunión.**

3.2. Del acogerse al colaborar.

Cuando se conoce y acoge al otro nace muy espontáneamente el deseo y a veces la necesidad de colaborar y para ello se coordinan actividades conjuntas. Lo diverso nos lleva a complementarnos y eso de modo afectivo y efectivo y así la colaboración se facilita y se refuerza. En la teoría del Vaticano II la imagen de la Iglesia como

comunión para Ur von Balthasar significa poner en común los dones propios.

Condividir supone que lo que se recibe es para compartirlo; el mejor modo de agradecer un don es regalarlo. El gran desafío para un Instituto religioso en esta perspectiva consiste en una nueva reubicación que lleva a la apertura y la donación e interacción. Para algunos este paso es más exigente ya que supone superar la autosuficiencia y nos abre a los demás y no solo por lo que van a recibir sino por lo que van a dar.

3.3. De la colaboración a la integración.

A veces la colaboración nos lleva a la muerte dulce; se precisa dar un paso más ya que nos es suficiente para desarrollar un gran proyecto misionero. Se precisa ser capaz de dar un salto más radical: el de la integración.

Esa integración es más necesaria en un tiempo en el que las relaciones humanas son anónimas y se reducen con frecuencia a lo que es meramente funcional. En nuestros días integrar es revitalizar; es crear vínculos que ponen en evidencia la gratuidad y la comunión.

La integración debe apuntar no solo a nivel de la misión compartida sino que hay que llegar a la vida compartida.

3.4. De la integración al servicio.

No merece la pena hacer ninguna integración si no hay un proyecto de misión por y para el que nos integramos. Pentecostés no puede faltar a la vida consagrada. Ese proyecto acerca y moviliza los carismas. Pero el mayor proyecto es devolver a la VC más armonía y la capacidad de funcionar en contexto de comunión. En este contexto la comunión no es uniformidad sino una comunión en la cual, como dice Congar, la unidad es producto de una diversidad reconciliada y redimida que lleva a la fecundidad.

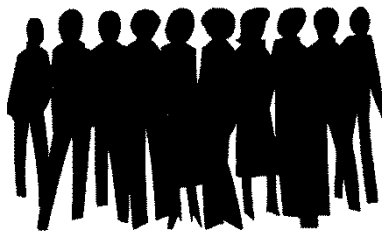
Cuando esta intercongregacionalidad se da en el campo de la misión y de la vida, se pueden dar pasos para una verdadera “fusión” que supone no solo estar juntos; lleva a estar unidos por el mismo carisma que nos pide conocernos, colaborar, compartir y convivir. Así se alcanza una comunión explicitada. No se puede dudar de que esta propuesta esté llena de coraje y de fuerza.

No hay duda tampoco de que un proceso de intercongregacionalidad, sobre todo cuando llega a estos niveles, no es algo fácil y menos romántico. Es exigente y doloroso y en él toca descubrir el momento de gracia pascual para darse de nuevo sentido y significado y de una manera sencilla y profética; es una

oportunidad para la revitalización del carisma. No sustituye al esfuerzo vocacional ya que si éste falta llegamos a la muerte.

4. LA TEOLOGÍA QUE SUSTENTA LA INTERCONGREGACIONALIDAD.

Al querer elaborar el sustrato teológico que sustenta los caminos de la intercongregacionalidad llegamos hasta la Trinidad. Ahí nos encontramos con la diversidad de las personas. Es el don diverso y personal lo que modula el dinamismo que une e identifica a los integrantes diversos de la Trinidad. En la Trinidad se recibe y se da. Se llega a la distinción personal y también a la unidad. La plenitud del cristiano se realiza en la comunión llevada a cabo en la complementariedad.



Jesús se hace de un modo especial comunión y don. El reino que anuncia está centrado en la comunión y la donación. Jesús se despliega en la comunión. Pasa este dinamismo de comunión a la Iglesia. Por eso, ésta es madre y engendra vida y comunica vida. El creyente en la Iglesia puede recibir el carisma de la comunión con los que vivifica la misma Iglesia. En ella hay “diversidad de carismas pero el Espíritu es el mismo” (1Co 12,4). Por lo mismo, cada vocación, es necesaria y es relativa al mismo tiempo. Nadie puede llegar a ser epifanía completa de Jesús entero. Entre varios y entre muchos se recompone el conjunto de las facetas.

La VC nace para reforzar la comunión en el mundo y en la Iglesia. Se hace diversa y diversas son las formas de consagración y bastantes de ellas son expresión diferente de las distintas maneras y caminos para vivir en comunión y para ser don para los demás. Esa diversidad de expresiones son un despliegue y encarnación de los diferentes “mysteria” de la vida de Cristo.

Estas formas a su vez se convierten en el prisma total de Cristo. En el Documento pontificio “Elementos esenciales” se nos recuerda la fecundidad de los Fundadores, aunque como veremos más adelante, no debemos exagerar este aspecto.

Está claro que la buena teología nos lleva a valorar el propio carisma, el desarrollo de la comunión y la complementariedad fraterna y una mayor conciencia de la universalidad de la Iglesia y de las Congregaciones religiosas.

La teología de la comunión entre los diversos carismas y formas de vida consagrada sustenta la colaboración, cooperación e interacción entre los Institutos. Es “una comunión operativa entre los diferentes carismas” y se manifiesta en una fraternidad universal.

5. TRES MOTIVOS POR LOS QUE YO TENGO UNA ESPECIAL INCLINACIÓN A LA INTERCONGREGACIONALIDAD Y ALGUNAS RESERVAS

El primero se basa en la intuición de que los Institutos religiosos son *demasiados para ser todos originales*. La radicalidad evangélica puede tener expresiones diversas pero no hasta un nivel tan elevado. Hay mucha fotocopia de carismas y ello se expresa en la dificultad para encontrar un nombre que sea sencillo y expresivo.

En este momento se acerca a 3.000 el número de los Institutos religiosos femeninos y masculinos, de vida religiosa monástica y apostólica, de aprobación diocesana y pontificia. Son demasiados para que sean originales. Nos es fácil que la Iglesia nos proporcione 3.000 fundadoras y fundadores con un

aporte novedoso y duradero. La originalidad viene dada por la dimensión del evangelio que se convierte en la intuición original de la que brota la fuerza nueva; también viene dada por la necesidad o desafíos de la sociedad o de la Iglesia a los que quiere responder. Tampoco es fácil dar con tanta diversidad valiosa.

El segundo motivo viene dado por un hecho histórico; la excesiva corta duración de algunos Institutos religiosos. Acaba de publicar la revista Vida Religiosa un número dedicado a la vida y muerte de los Institutos religiosos.

Intercongregacionalidad
una forma
de vida
que supone
una dinámica
espiritual
capaz de llegar a
crecer en
comunión.

En ella queda claro que es mejor que algunos no hubieran nacido ya que no había proyecto original ni inspirador consistente ni verdadera necesidad a la que

responder. Los carismas nacen del corazón de las necesidades. La relectura de los carismas viene de la vida misma, vida de la sociedad y de la Iglesia.

El tercero nos lo recuerda nuestro instinto eclesial. El futuro es de quienes saben repensarse dentro de la vida consagrada como un conjunto, dentro de la Iglesia comunión. Ningún Instituto es isla. Su fuerza le viene de ser y de poner a disposición de los otros las competencias y carismas. Así se afirman y fermentan mutuamente. Si se hace este camino la VC del futuro será un laboratorio de las nuevas experiencias y formas de vida cristiana.

Detrás de todo esto están los principios; y de ello no tengo ninguna duda. Pero también están los números. Está disminuyendo el contingente de los religiosos; son varios los Institutos religiosos que se han debilitado. Juntar fuerzas en el momento oportuno es evitar muertes innecesarias. Este paso pone un poco de utopía a lo que puede ser nuestra posible ulterior futura historia

No faltan los que tienen reservas sobre el presente y un futuro de la VC que vaya en esta dirección de la interculturalidad a gran nivel y en ella ven peligros. Encuentran que hay pérdida de identidad. El viaje hacia la alteridad es muy exigente y no es para todos. En él partimos de casa y

hacemos la experiencia de la alteridad pero puede ser que regresemos a casa decepcionados; el que vuelve no es el mismo que partió y puede desconocerse a sí mismo porque no encuentra ni su casa vieja ni la nueva. No sé es la misma persona. Sin embargo, los procesos de interculturalidad no deben dejar la impresión de la pérdida de identidad.

Suponen mucha exigencia de escucha y de discernimiento y de reencuentro de sí mismo en "eso diferente", pero en realidad, si miro la altura, la profundidad, la longitud y la anchura de Cristo cabe eso y mucho más. Ese dinamismo pasa por la donación y no siempre es fácil. De Jesús podemos aprender que la identidad se gana cuando se pierde.

Los hay también, que temen el relativismo y sin embargo lo que pide el paso de la intercongregacionalidad es solo la flexibilidad; la que tiene el junco que no pierde su punto de anclaje y se inclina hacia los demás y en su entorno y no con la rigidez de la columna o el árbol seco que termina resquebrajándose.

Hay otra imagen que nos viene del mundo sufí y nos facilita la comprensión de esta realidad. Tenemos que ser como el compas, con un pie bien firme y arraigado en un punto, y con el otro,

tenemos que recorrer toda la circunferencia de la alteridad.

No hay duda de que en nuestros días existe una cierta invisibilidad cultural de la VC y ello hace que esta no sea suficientemente significativa y fecunda. La visibilidad social entre nosotras en nuestro tiempo no es prepotencia sino transparencia y acción de Dios.

La convergencia en muchos casos es indispensable para esta necesaria visibilidad, para una mayor eficacia misionera y una fecundidad vocacional.

En este campo también es necesaria, y quizás indispensable la creatividad en la hora de dar forma y cauce a la intercongregacionalidad.

No hay duda de que una intercongregacionalidad suficientemente madura puede llevar a la unión y fusión de algunos Institutos y no solo por el peligro de la extinción de alguno de ellos sino por haber descubierto la escasa o nula diferencia y la mucha complementariedad en la finalidad, el espíritu, la misión, la espiritualidad y la formación.

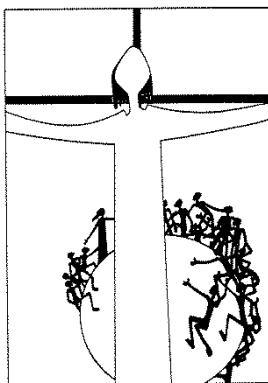
Este es un camino poco usado todavía pero que ya no es nuevo en la realidad actual de los Institutos religiosos. Por tanto, la intercongregacionalidad plena es posible.

HACERSE PAN

Señor,
no es nada fácil
hacerse pan,
significa que tenemos
que estar
enteramente
dispuestos.
Que debemos tener
paciencia y
mansedumbre...
como el pan que
siempre acompaña.
que se deja amasar,
cocer y partir.

“INTERCONGREGACIONALIDAD” posibilidades a partir de la misión

Vanildo Luiz Zugno, ofmcap



RESUMEN

Las actuales Congregaciones de Vida Religiosa surgieron en el contexto de la modernidad e influenciadas por esta configuración histórica y cultural, se caracterizan por la especialización en la actividad evangelizadora, tanto en el ámbito social como en el eclesial. Con los actuales cambios en la sociedad, generados por la irrupción de la pos-modernidad, las Congregaciones experimentan una crisis que puede ser superada de tres formas: por la acción intercongregacional (dos o mas Congregaciones actuando conjuntamente), por la transcongregacionalidad (religiosas y religiosos de varias Congregaciones actuando en proyectos de cambio en la Iglesia y en la sociedad), o por la reinención de la propia comprensión de Congregación a

partir de la inserción social y eclesial,

La Vida Religiosa congregacional surgió con la modernidad. Modernidad que experimenta su declinar y, con ella, ¡Camina hacia la extinción. Una afirmación tan determinante puede ser rechazada por algunos como sin sentido, y por otros, como simple pesimismo trágico.

Una breve mirada a la historia de la VR y al origen de la forma congregacional de ser religiosa o religioso y una mirada sobre las nuevas realidades que el momento actual de la modernidad vive, nos muestran, sin embargo, que la actual forma de VR organizada en Congregaciones está, querámoslo o no, caminando hacia su decadencia, tal vez definitiva.

Pero eso no significa necesariamente una mala noticia. Puede ser el inicio de una nueva forma de VR que ya se va vislumbrando en el horizonte. Si miramos la historia, veremos que la VR, en sus diversas formas, siempre surgió y se rehizo en momentos de crisis. Sucedió así con la VR monástica que se formó y consolidó en la crisis del fin del

Imperio Romano y del inicio de la Cristiandad (de la cual los monjes y los monasterios fueron elementos fundamentales) y con la VR mendicante en el inicio del ocaso del modelo feudal en el cambio del primer milenio.

Los tiempos que vivimos son de crisis. Todos lo dicen. Hay crisis epocal del paso del mundo moderno a un mundo posmoderno que, a pesar de todos los análisis de los especialistas de los más diversos campos, aún no sabemos bien lo que es, ni para dónde va. En el campo eclesial la situación es más compleja.

En la Iglesia Católica, a pesar de los casi 50 años que ya nos separan del inicio del Vaticano II que fue la tentativa de la Iglesia de dialogar con la modernidad, aun vivimos fuertemente el paso de un modelo anti-moderno de Iglesia a un intento de diálogo con la modernidad que, en algunos lugares, ya no existe...

Y ahí nace el segundo sesgo de la crisis: el del diálogo de la Iglesia-anti-moderna o moderna – con el mundo posmoderno.

La VR está en medio de todo esto, tanto de la crisis de la sociedad como de la Iglesia. Ella es, al mismo tiempo, agente y paciente de estas crisis. No puede huir de ellas.

La única alternativa es enfrentarlas con serenidad y discernimiento.

La cara más dura con la que esta crisis se muestra a la VR es la disminución numérica. En el inicio del Concilio Vaticano II, había más o menos 1.300.000 religiosos y religiosas en todo el mundo. En el cambio del milenio, eran aproximadamente unos 900.000. Y, aunque la disminución se da forma más acentuada en Europa y en Norteamérica, América Latina vive una relativa estabilidad numérica, el crecimiento en Asia y en África no es suficiente para contener el déficit que, en las próximas décadas, será cada vez mayor.

Una oportunidad para ir colocando semillas de una nueva forma de VR que ayude a resituarnos en el nuevo mundo y en la nueva Iglesia que necesitamos.

En algunos ámbitos, la intercongregacionalidad se presenta como paliativo para la crisis: *¡Hagamos juntos lo que ya no podemos hacer solos!*

Esto es válido principalmente para la formación – postulados, noviciados, juniorados, formación teológica y pastoral intercongregacional- pero también para la misión. Pero, en el fondo de su corazón, muchos continúan pensando: *¡Si pudiéramos hacer todo solos/as, sería mejor!*

Nuestra propuesta es pensar la intercongregacionalidad no como un indeseado remedio para sanar una situación no deseada.

La intercongregacionalidad puede ser más que eso: una oportunidad para ir colocando semillas de una nueva forma de VR que ayude a resituarnos en el nuevo mundo y en la nueva Iglesia que necesitamos.

Muchos son los ángulos a partir de los cuales se podría abordar el tema. Optamos aquí por el de la misión que, además de ser una dimensión fundamental de toda forma de VR, nos parece más rico en posibilidades.

Iniciaremos con un breve recorrido histórico del surgimiento de las Congregaciones para ver cómo la misión fue determinante en la configuración del actual

modelo de VR. En seguida veremos las diversas posibilidades de superación del modelo que se presentan en el actual escenario cultural y eclesial.

1. LA CRISIS DE LA REFORMA Y EL RESURGIMIENTO DE LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS.

No es, ciertamente casual, que la persona símbolo de la Reforma sea un monje agustiniano, Martín Lutero. Desde el cambio del milenio, tanto en la sociedad como en la Iglesia, venía siendo gestado un clima de cambio que no conseguía encontrar desagüero. Monjes y mendicantes siempre estuvieron implicados, en la Iglesia, en la Universidad, en la sociedad, en los intentos de cambio. En la Iglesia, la consecuencia fue el Cisma de Occidente. Por una parte, los sectores que pertenecían a Roma. Por otra, los que rompieron con Roma y constituyeron iglesias nacionales y/o confesionales.

Para intentar resituarse en el nuevo mundo cultural y religioso que surgía y retomar las riendas de la Cristiandad que se disolvía, la Iglesia recurre a su autoridad máxima, la Asamblea Conciliar en Trento. Era tarde. La ruptura, de un lado y de otro, estaba consolidada. Roma ya no era señora del mundo. El mundo era otro y se abría hacia las Américas, el África y el Asia. Es en ese contexto de crisis y de búsqueda

que comenzaron a surgir las iniciativas que vendían a constituir las actuales Congregaciones Religiosas.

Las primeras experiencias surgen al final del siglo XV e inicio del siglo XVI, en Italia. Son las *Compañías del Amor Divino*: grupos de clérigos y laicos que se reúnen para rezar, celebrar la eucaristía y trabajar en los hospitales. La dedicación a Cristo Eucarístico y a Cristo presente en la persona que sufre son las motivaciones que reúnen esas personas que, sin querer renunciar a su carácter mundano, se proponen vivir la reforma por tantos deseada en la Iglesia. No quieren ser ni monjes ni mendicantes. Solamente buscar la perfección y la caridad allí donde Dios clama: en la ignorancia, en la orfandad, en la enfermedad...

Desde las *Compañías del Amor Divino* surgen las primeras Congregaciones religiosas, los Clérigos Regulares. El objetivo es la reforma de la Iglesia a través de la revitalización de la vida sacerdotal y de una misión apostólica centrada en el anuncio de Jesucristo y en la presencia junto a los que más sufren en la sociedad. Nacen las primeras obras sociales y misioneras de gran audacia y envergadura: primeras escuelas gratuitas de Europa (José de Calasanz, 1556-1648), asistencia sanitaria especializada e integral

(Camilo de Lelis, 1550-16149, reducciones e inculturación china hindú del cristianismo (jesuitas).

En el siglo XVIII surgen las primeras Congregaciones clericales que se dedican a la predicación popular: los Padres Montfortianos (1705), del Espíritu Santo (1703), Pasionistas (1720), Redentoristas (1732) que incorporan al grupo de hermanos laicos que los auxilian en las tareas apostólicas. Un grupo de religiosos laicos solo surgirá en Francia, en 1651, con Juan Bautista de La Salle y los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Con la onda liberal que se apodera de Europa en el siglo XIX, la Iglesia pasa, en la mayoría de los países a la clandestinidad.

La característica de esta nueva sociedad es la *red*, ninguna realidad puede ser comprendida en si misma, sino en el todo de las relaciones

Las Congregaciones son suprimidas y sus bienes confiscados. En ese contexto surgen las *Pías Asociaciones* de clérigos o laicos que viven su fe en lo cotidiano de la escuela, la familia, del hospital y obras asistenciales. Surgidas casi siempre en la clandestinidad civil y bajo la protección de algún Obispo, estos grupos de hombres y mujeres, para garantizar su expansión, buscan la protección de Roma que, al mismo tiempo que siente la importancia de estos grupos para mantener viva la fe cristiana en Europa, tiene miedo de su autonomía laical. Solo hasta 1900 el Papa León XIII, con la Constitución Apostólica *Conditoe a Chisto*, reconoce estas Congregaciones. El Código del Derecho Canónico de 1917, para completar la obra, intentará establecer uniformidad entre las Congregaciones y someterlas a todas a la Curia Romana.

Buscar la perfección
y la caridad
allí donde Dios
clama:
en la ignorancia
y en los necesitados
de nuestra
ayuda.

En el ámbito femenino, la situación fue aún más difícil. Después de la experiencia innovadora de Ángela de Mérici (1474-1570) y su *Compañía de Vírgenes* que se dedica a la caridad y a la educación de la juventud, viviendo, viviendo sin hábito y sin convento, *la bula Circa pastoralis* (1566) de Pío V obliga a todas las mujeres que desean la vida religiosa a la reclusión conventual. San Vicente de Paúl, para salvar la vida apostólica de sus *Hijas de la Caridad*, hace que renuncien al título de religiosas. Será la lucha de Mary Ward (1585-1645) y sus *Damas Inglesas* que llevará a Benedicto XIV a permitir, a través de la Constitución Apostólica *Quamvis justo* (1749) la organización de Congregaciones femeninas apostólicas.

Es, sin embargo, una vea más, la realidad social, política y cultural de Europa la que se impone y propicia el surgimiento y el emerger de un número incalculable de Congregaciones femeninas de carácter apostólico. La Iglesia, con el fin del modelo de Cristiandad impuesto por la Revolución Francesa y sus similares por toda Europa, y habiendo perdido su poderío social, vislumbrará en la VR femenina naciente la posibilidad de que, a partir de la asistencia a los desvalidos, pueda continuar manteniendo una presencia en la sociedad.

2. LAS CONGREGACIONES Y EL ESPÍRITU DE LA MODERNIDAD.

La VR de formato congregacional nace dentro del mundo moderno. Y como no podría ser de otro modo, es marcada, en su ser y no en su actuar, por el paradigma de la modernidad. Entre los tantos elementos que componen el modo de ser moderno, hay uno que influencia profundamente el ser y el actuar de las Congregaciones y que exige, hoy, ser repensado: la especialización.

En efecto, cuando el ideal del sabio clásico es el de saber de todo u poco, tener un conocimiento universal (de ese ideal nacieron las universidades, lugares en donde se dispone un conocimiento sobre todas las cosas existentes, el ideal del sabio moderno es el mundo de los especialistas.

La ciencia fue dividida y subdividida en campos cada vez más restrictos que investigan lo más profundamente posible un objeto cada vez más pequeño. Y, lo que también es característica de la ciencia de la modernidad, cada ciencia se presenta con la pretensión de tener la solución de los problemas del mundo y de la humanidad y, en esa pretensión, va cerrándose en sí misma y encontrando cada vez más dificultad para dialogar con las otras.

La mentalidad de fragmentación presente en el mundo, de las ciencias puede también ser percibida en el campo de la producción. Si, en el mundo clásico, el ideal de cada persona o grupo, familiar era producir la mayor parte de las cosas necesarias para su supervivencia, en el mundo moderno cada persona es educada y entrenada para saber hacer con perfección solamente una cosa. Son los trabajadores especializados.

El taylorismo y el fordismo son la operacionalización de esa forma de producir que, si por un lado, posibilitó un salto cuantitativo en la producción de bienes, por otro, llevó a sistemas productivos deshumanizantes criticados por su carácter alienante y despersonalizado tanto por Karl Marx (*El Capital*) como por Charlis Chaplin (*Tiempos Modernos*).

Buena parte de las Congregaciones actuales se formaron y consolidaron dentro de este espíritu de especialización. El carisma fundacional – generalmente de carácter amplio y abarcante – en la práctica se expresa a través de un hacer muy específico: misiones populares, misión ad gentes, cuidado de santuarios, educación del clero, manutención de hospitales, conversión de protestantes, conversión de judíos, enseñanza escolar, catequesis, cuidado de los

huérfanos y de la niñez abandonada, acogida a viudas, acompañamiento a los migrantes, enseñanza profesionalizada, adoración al Santísimo...

Normalmente cada congregación se especializó en un tipo muy específico de actividad para responder a una necesidad urgente y emergente en un determinado tiempo y lugar. Y lo hizo con tal dedicación y calidad que posibilitaron el surgimiento de instituciones – escuelas, hospitales, orfanatos, leproserías...que ayudaron a mitigar muchos de los problemas creados por el sistema productivo moderno y fueron asimilados como características no sólo del mundo religioso, sino de la propia modernidad.

Solo cuando
hay una fuerte
interpelación
desde fuera
es cuando las
instituciones
cambian.

3.- CAMBIOS QUE INDICAN EL PASO HACIA LA INTERCONGREGACIONALIDAD.

Los cambios en la VR difícilmente parten de *dentro*. La inercia inherente a toda institución hace que la continuidad del modelo sea dada como natural. Solo cuando hay una fuerte interpelación *desde fuera* es que las instituciones cambian. Y siempre lo hacen con resistencia... Desde nuestra forma de ver, hay en la actualidad tres factores clamando por cambio e incluso más allá de ella. Dos advienen de la sociedad y una de la dinámica de la Iglesia pos-conciliar.

3.1. La evolución de las condiciones sociales y la relectura del carisma.

La primera y más sencilla, pero no por eso menos importante, es la evolución del mundo moderno, tanto en el campo económico como social, que hizo que algunas necesidades urgentes, desaparecieran.

En ciertas regiones del mundo, la educación básica para los hijos de los trabajadores es hoy suplida por el Estado y, desde el punto de vista social, ya no tiene sentido mantener escuelas confesionales. Del mismo modo, la atención a la salud o a los huérfanos. El estado se ocupa de eso. Incluso en América Latina, en

algunos países en donde la doctrina del *Estado mínimo* había relegado la educación y la salud al *tercer sector*, algunos Estados vuelven a asumir su función de ofrecer los servicios básicos a la población. Nos preguntamos entonces: ¿Existe algún sentido aún para que la VR se dedique a la Educación y a la salud en estas regiones?

Ante estas nuevas realidades, muchas Congregaciones emprendieron la llamada *relectura del carisma*. La pregunta por responder es la de la ¿cómo sin abandonar la intuición fundacional, se puede resituar la vida y la misión de la Congregación de cara a las nuevas realidades económicas, políticas, sociales y eclesiales? ¿Cómo mantener la identidad forjada en el pasado en un mundo que cambió radicalmente y donde, muchas veces, no existe más el problema social o eclesial que suscitó el surgimiento de la Congregación? En la práctica, se trata de *refundar* la Congregación en nuevas bases sociales y eclesiales.

Y, en esa refundación, muchas Congregaciones se dan cuenta que, a pesar de su origen, de los diferentes fundadores y fundadoras, de las extensas historias propias, intenta en el mundo de hoy, cada una a su manera, dar solución al mismo problema social. En un mundo de

economía y sociedad globalizada, realidades que en las sociedades estáticas y con límites bien definidos parecían totalmente ajenas, hoy se encuentran y deben ser tratadas conjuntamente.

En este contexto, ¿Para qué continuamos actuando separadamente si podemos actuar conjuntamente y así incidir con mayor determinación y eficiencia en la superación de los problemas? En otras palabras, nos damos cuenta que somos muchos para ser todos originales y que es mejor trabajar juntos que trabajar separados.

Muchas de las experiencias intercongregacionales actuales nacen del reconocimiento de esta realidad: dos o más Congregaciones que en la relectura del carisma actual se dan cuenta de que, en su misión, inciden sobre la misma realidad, comienzan a actuar conjuntamente.

3.2 Cambio de paradigma: de la especialización a la red

El cambio de época posibilitado por el surgimiento de las nuevas tecnologías de la información remodeló no solo la base material de la sociedad, la economía, sino también el ámbito del Estado y de la sociedad y el modo como estos tres ámbitos se inter-relacionan. La característica de esta nueva sociedad es la *red*: ninguna realidad puede ser

comprendida en sí misma sino en el todo de las relaciones que establece con las otras realidades. Y esto ocurre desde el microcosmos hasta el macrocosmos. El camino para el conocimiento no es el de separar y aislar cada cosa en sí misma para poder comprenderla de forma clara y distinta (Descartes), sino saber relacionarla con todas las realidades que la circundan e interactúan con ella. Se pasa de la disección a la interconexión. Para comprender el mundo es necesario pasar de la especialización a la comprensión holística del mundo. Dentro de esa comprensión nos damos cuenta que ningún problema existe por sí mismo. Él siempre está relacionado con otros problemas. Y eso también vale para los problemas sociales que las Congregaciones surgidas de la modernidad intentaron enfrentar.

Tratar a los enfermos de una determinada ciudad o región será una acción deficiente si además no tratamos los problemas de higiene básico y ce nutrición que llevan a las personas a la enfermedad. Acoger a los niños huérfanos será una tarea sin fin si no son erradicadas las causas de la miseria que llevan a la muerte prematura de los padres, a la destrucción familiar, a la maternidad de adolescentes y al consecuente abandono de los niños. Para solucionar un problema puntual, es necesario actuar sobre

todos nosotros y todas las líneas que unen nuestros múltiples de la red social.

Habituadas a dedicarse exclusivamente a las obras que buscaron concretizar históricamente el carisma fundacional, las Congregaciones religiosas tienen dificultad en resituarse en este mundo en red que exige no solo un actuar intercongregacional, sino que pide ir más allá de las propias Congregaciones y situarse en una realidad *transcongregacional*, es decir una VR en la que cada cual contribuye con su carisma y actividad tradicional en un *proyecto de sociedad* que supere el ámbito y los objetivos de cada institución particular.

El desafío, en este nuevo contexto, es formar una red de comunidades religiosas que se decidan actuar conjuntamente sin esperar resultados para su propia Congregación.

3.3. La inserción y el nacimiento de una nueva forma de VR.

En América Latina, *la inserción* en espacios sociales marginados y abandonados por la Iglesia, sea en el campo o en la ciudad, se ha convertido en el espacio privilegiado de la intercongregacionalidad. Religiosas y religiosos provenientes de Congregaciones que tienen como actividad privilegiada de su

identidad carismática la educación, el cuidado de la salud, la misión popular o *ad gentes*... han encontrado en el *activismo social* (la lucha por la democracia y por la construcción de una nueva sociedad) y en el *activismo eclesial* (la construcción de una nueva Iglesia, particularmente las CEBs) un fecundo ámbito de actuación y vida.

Pensar en lo que va más allá de una única Congregación y que existe como cohesión de fuerzas.

Además de trabajar juntas/os, en la práctica, las religiosas y religiosos que viven en la inserción se sienten mucho más hermanas y hermanos de otras/os religiosas y religiosos de otras Congregaciones viviendo la misma realidad social y eclesial, que de sus hermanas o hermanos de Congregación de origen que siguen viviendo en realidades sociales y eclesiales de clase media o adinerada.

Las diferencias en la VR no se dan más entre los que

pertenecen a esta o aquella Congregación, a este o aquel carisma o por la diferencia de actividades ejercidas.

Lo que hace la diferencia es el lugar social y eclesial en que cada una/o se coloca: a lado de los pobres que buscan superar su condición de miseria y de opresión o del lado de los sectores privilegiados de la sociedad y que disfrutan de los beneficios de una sociedad injustamente desigual, con privilegios que benefician solo a un determinado sector.

Esa fue y aún continúa siendo la *intercongregacionalidad práctica* que supera el propio concepto de Congregación. La preocupación de las religiosas y los religiosos en la inserción no es predominantemente la de hacer crecer la propia Congregación, sino congregar a los hijos e hijas de Dios dispersos y sufrientes y, en la radicalidad de la opción evangélica, vencer la “conspiración de príncipes ...que devoran a las personas, les toman los bienes y las riquezas y multiplican las viudas” (Ez 22, 25) y uniendo a hombres y mujeres de toda “nación, tribu, pueblo y lengua” (Ap 7, 9), construir una nueva Iglesia y una nueva sociedad.

El poco tiempo de existencia aun no ha permitido una institución de esta nueva forma de VR. Y esto tal vez nunca suceda...

En la gran mayoría de las experiencias, cada religiosa y cada religioso, aunque vivan intensamente esta nueva forma de VR, continúa perteneciendo a su propia Congregación de origen y viviendo una doble tensión.

Por un lado, la de la lucha contra las fuerzas sociales y eclesiales de todo lo que cuestione el *status quo*. Por otro, el cuestionamiento por parte de los miembros de las Congregaciones que no dieron el paso en dirección a la opción por los pobres y se sintieron cuestionadas/os por el nuevo estilo de vida y de vivencia de la misión señalado por las religiosas y religiosos que están viviendo en la inserción

El miedo de las Congregaciones es el de perder miembros con alto potencial que ya no se dedican a la supervivencia de la institución, sino a la transformación de la sociedad y de la Iglesia.

PARA CONCLUIR...

La mayoría de los hombres y de las mujeres que hoy llamamos fundadores y fundadoras de las Congregaciones, en el tiempo en que, al sentir el llamado de Dios para hacer algo a favor de las personas concretas que a su lado estaban sufriendo las consecuencias de la irrupción de la modernidad capitalista, no tenían la intención de fundar una

institución con carisma, constituciones, superiores, capítulos... encasillados por el Derecho Canónico que a todos coloca límites.

Son escasos los que no han tenido algún tipo de problema con la Iglesia. Muchos fueron dimitidos de sus funciones de ayuda carismática. Algunas y algunos llegaron incluso a terminar sus días al margen o fuera de la comunidad a la que ayudaron a dar vida.

Esto por una sencilla y única razón: movidos por el Espíritu (Lc. 4, 1) y con los ojos fijos en Jesús (Lc. 4, 20), su única preocupación era ver la Buena Nueva del Reino hacerse realidad en la persona de los pobres y excluidos concretos de sus sociedades. Los condicionamientos culturales de la sociedad moderna hicieron que cada comunidad se especializara en un tipo de actividad evangelizadora o caritativa muy específica. Con los cambios en la sociedad, muchas de las realidades de pobreza que suscitaron el nacimiento de esta o aquella Congregación religiosa, o cambiaron o ya no existen.

Es necesario readaptarse a las nuevas realidades y a las nuevas pobrezas. En esta readaptación, muchas Congregaciones descubren que están trabajando con el mismo grupo social excluido y comienzan a trabajar conjuntamente.

Se da allí una acción intercongregacional. La revolución cultural que está creando la posmodernidad nos muestra un mundo donde todo es interrelacionado y en el que ninguna acción concreta puede tener éxito ni se pone en red con otras acciones, y que el todo está en cada parte y cada parte hace presente el todo.

Esto nos obliga a pensar no solo en lo inter, sino en lo transcongregacional, en aquello que va más allá de las posibilidades de una única Congregación y que existe como cohesión de fuerzas.

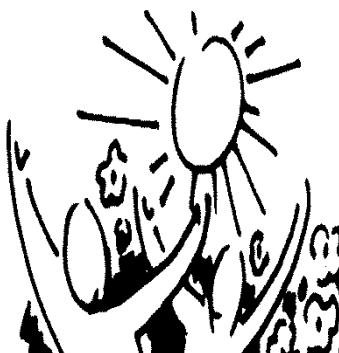
Para la VR latinoamericana y caribeña, tal vez la experiencia intercongregacional mas provocativa sea la de las comunidades insertas. Superando el propio concepto de intercongregacionalidad, ellas apuestan por la construcción de una Iglesia y de una sociedad nueva.

Desde el punto de vista institucional, es una opción suicida, pues no se piensa en primer lugar en el mantenimiento o en la ampliación de la propia institución.

Pero tal vez sea la puerta de salida para la crisis que la actual forma de VR está viviendo y el inicio de una nueva etapa en la historia de los hombres y mujeres que todo lo dejan para seguir radicalmente a Jesucristo.

“ TIEMPOS, MEDIOS Y RELACIONES ” Lectura del signo de la intercongregacionalidad

Pierre Jubinville, CSSp



La intercongregacionalidad surge un poco como una palabra mágica en muchas reuniones y escritos. Se proclama como “nuevo rostro” de la VR y suerte de camino real hacia el futuro. Pero más allá de las palabras y de las modas, hay una experiencia multifacética, hay condiciones socio-culturales globales y hay aspiraciones que importa descifrar. Sencillamente ¿Qué pasa? Y esto que pasa ¿Qué permite? ¿Qué anuncia? Son “signos de los tiempos” que precisamos leer.

1.- QUÉ PASA?

Lastimosamente no tenemos datos establecidos rigurosamente. Intentamos dar cabida a algunas experiencias en forma de testimonio. Faltaría un gran trabajo de investigación

para saber mejor cuáles son esas experiencias, cómo se viven, dónde están, cuántas hay, a quiénes involucran, qué impactos tienen sobre la misión, la espiritualidad y la organización de la VR latinoamericana y caribeña. Además es difícil hacer una descripción completa por la gran diversidad de experiencias. Por el momento, me impregno de los testimonios concretos relatados en este número y otros escuchados, e intento una mirada más reflexiva. Me permito mirar al fenómeno desde el ángulo de las motivaciones. Otra vez, apenas aquí podré elaborar una hipótesis para abrir caminos de investigación, desglosar intuiciones que nacen de percepciones muy parciales.

1.1. Administrar los recursos limitados.

Así como *internacionalidad* en muchos institutos que van reagrupando sus fuerzas, la *intercongregacionalidad* se presenta a menudo bajo la figura de la falta de recursos: no tenemos personal. Una sola Congregación, de las que están sufriendo el declive actual, no

puede asumir esta nueva misión. Este rasgo está muy unido al siguiente, la urgencia de los pedidos: si queremos responder y responder rápido, entonces nos tenemos que unir. Por supuesto esta visión no es solo una visión numérica sino antes que nada cualitativa. Encontrar personal para esta experiencia o *esta* misión, con *este* perfil, requiere una unión de esfuerzos entre las Congregaciones.

Sospecho que no soluciona realmente la cuestión de la administración del personal reducido porque, justamente, los perfiles buscados hacen que recaigan los llamados sobre las mismas personas más abiertas, flexibles y capaces. Pero, como lo mencionan algunos testimonios, el efecto sobre las congregaciones es estimulante, aunque involucra directamente solamente a un pequeño número de miembros.

1.2. Responder a las urgencias globales.

Haití, Indonesia, Pakistán, Chile, América Central, Perú, Brasil, las catástrofes de los últimos años en varios lugares del mundo y muchas otras situaciones críticas han dado la pauta de un mundo global donde los gritos de socorro son ampliados por los medios masivos de comunicación.

Las situaciones humanas de pobreza e injusticia siguen llamando. Desde las situaciones sociales, y también desde los desafíos identificados en la Iglesia, hay muchos llamados a responder de una manera rápida y flexible. Los institutos comprometidos en sus "obras". Manteniendo instituciones educativas, sociales, parroquias, servicios de muchos tipos pero ya marcados por un recorrido que los ha institucionalizado, no tienen la agilidad prístina de los comienzos para responder. La intercongregacionalidad es un camino para restaurar esta capacidad de respuesta dinámica.

1.3 Cambiar estructuras

Hay deseo de agilizar, que va más allá, hasta el querer cambiar las estructuras de la VR. Es un deseo que no se puede explicar tan explícitamente porque está tejido, discretamente en las iniciativas mismas. Los religiosos aman a sus Congregaciones pero, entre ellas y ellos, hay un buen número que desea otro tipo de organización, algo que esté más conectado a la vida que palpita en la Iglesia y en la sociedad.

Así como se está dando ahora, la intercongregacionalidad supone casi siempre un desplazamiento del centro del centro de decisiones que pasa de la congregación a una iniciativa diocesana, a un programa nacio-

nal, a la conferencia religiosa, a un proyecto nuevo que nace de una comunidad necesitada, un ideal lanzado por un conjunto de instituciones. Nuevas aperturas y nuevos liderazgos se expresan. También nuevos talentos, nuevas capacidades, nuevas percepciones.

Cambiar las perspectivas del propio instituto, tener un horizonte más amplio sobre la vocación religiosa.

1.3. Compartir la perplejidad

Muchas iniciativas intercongregacionales operan en el ámbito de la formación a la VR. Casi todas las conferencias de América Latina y del Caribe tienen centros de formación en común. Aquí también se invoca el motivo de la falta de recursos propios, y sobre todo suficientemente especializados, especialmente en las congregaciones pequeñas. Pero todos esos institutos de formación dan testimonio de la riqueza de la convivencia experimentada en sus programas, mucho más allá del cálculo

acerca del personal y de las comodidades disponibles.

El encuentro entre formandas y formandos, entre animadoras/es, profesoras/es, de varias cepas religiosas, en sí, es formativo. Permite una apertura más grande, cambiar las perspectivas del propio instituto, tener un horizonte más amplio sobre la vocación religiosa. Sugiero que esto es una respuesta a los desafíos actuales de la formación, y por ello la expresión: compartir la perplejidad.

Nuevos tiempos, nuevas organizaciones, nuevas relaciones.

Hay una conciencia viva de la complejidad del tema no solamente de la formación sino de la VR misma en nuestra nueva sociedad. No veo que estemos construyendo y mante-

niendo centros en donde confortarnos en seguridades ya caducas, sino abriéndonos radicalmente a los desafíos actuales y enfrentando juntos las *perplejidades* del nuevo mundo, de la nueva vida religiosa y de la nueva formación.

Nos buscamos porque nos sentimos interpelados. Nos encontramos para buscar juntos. Y esto, al final, no es una motivación únicamente reservada a la formación. Esta búsqueda común la vivimos también en la misión, en la respuesta a los clamores de la vida.

2. ¿QUÉ PERMITE?

Sin mucha descripción, pasamos de las motivaciones a nombrar ahora algunas pistas abiertas por esas experiencias. Traen novedades: nuevos tiempos, nuevas organizaciones, nuevas relaciones.

2.1 Nuevos tiempos

En la lectura de muchas experiencias de intercongregacionalidad, me llama la atención la dimensión del tiempo. Ya mencioné cómo muchas de ellas son una postura nueva, más ágil, delante de los desafíos actuales, una opción a favor de los llamados del presente. La VR lleva una herencia histórica larga y rica y,

por ello, tiene un componente “conservador”. Lleva también el llamado de los comienzos, la pasión sentida por una porción del pueblo, según un carisma que es respuesta sin temor a los clamores de la vida ni indecisión frente a ellos. Siempre habrá una tensión dinámica entre los procesos lentos de crecimiento y de fortalecimiento y las respuestas nuevas, creativas, rápidas. La intercongregacionalidad tiende hacia una reinterpretación audaz del depósito heredado, fuera de las seguridades adquiridas, cerca de la disponibilidad radical de los comienzos.

La unión de varias congregaciones en proyectos comunes hace también preguntar, más concretamente, sobre el tiempo: ¿Cuánto tiempo estaremos unidos en este proyecto? Contrasta con el “siempre” de muchas obras congregacionales aunque ahí también crece la conciencia del tiempo *no eterno*, con límites. Se evidencia la figura de los contratos, entre congregaciones, con las diócesis, con otras instituciones. Y esto tiene un impacto sobre la misión. Muchos proyectos intercongregacionales parecen tener escrito en su mismo ser este límite temporal. Me parece que habría que saludar la “buena noticia” que está en este límite asumido más explícitamente. A pesar de, o mejor, en la misma renuncia

que implica, no perjudica el testimonio, al contrario, lo fortalece.

Esta es una pista de reflexión que nos invita a profundizar.

Los proyectos internacionales tienen una conciencia más viva de ser una reunión que se mantiene por la gracia de Dios. El proyecto tiene en sí la dimensión de ser un encuentro entre diversas congregaciones que respondieron a una convocación, un llamado. Se dio, y ahora mismo se da el milagro. Se juntaron las circunstancias. Este tiempo ha sido bendecido. Es un “kairós”, un tiempo justo, favorable. Esta conciencia tiene evidente impacto sobre la misión y la vida comunitaria.

2.2 Nueva organización.

Con muchas otras organizaciones (empresas, Estado), la Iglesia y la VR pasan por un tiempo de re-estructuración”. Los cambios provienen de directivas expresadas por las ciencias de la administración, pero sobre todo de la vida.

Los proyectos intercongregacionales suscitan nuevos encuentros y diálogos entre congregaciones, con otras instituciones, estimulan el papel de liderazgo de las conferencias

religiosas regionales o nacionales, crean nuevos espacios de concertación.

Al centro de esta reforma están los objetivos de la misión: hemos sido llamados a amar lo más radical y eficazmente posible a esta porción del pueblo de Dios que se nos confía. Entonces, libéremos nuestros medios, busquemos alianza y ministerio compartido, cambiemos nuestros modelos de gestión anticuados, repensemos nuestro concepto y nuestra práctica de la “propiedad” (de la obra, de las infraestructuras, de los medios).

Las experiencias intercongregacionales dan testimonio de un cambio radical en las relaciones.

Como acabamos de sugerirlo, estos cambios son transversales en nuestra sociedad. Otras organizaciones lo practican. No se trata de buscar ejemplos que

seguir, simplemente de tener la humildad de reconocer que no estamos inventando todo lo que nos sucede ahora. Muchas pistas que estamos siguiendo nos vienen con el aire que respiramos en estos tiempos globales. Pensemos en las reformas de muchos servicios de los Estados que contemplan alianzas con ONG, con empresas privadas, con asociaciones de ciudadanos. Pensemos en las funciones de empresas: no dudan en reestructurarse completamente, a veces especializándose, a veces diversificándose, adaptándose a las posibilidades y los recursos de otras contra-partes, mirando hacia sus objetivos, exigiendo de sus miembros una mayor apertura y flexibilidad.

2.3 Nuevas relaciones

Las experiencias intercongregacionales dan testimonio de un cambio radical en las relaciones. Ya estamos señalando cambio de estructuras, signos de cambios con relación a la institución: ya no es el conjunto inmóvil de antes sino un cuerpo vivo comprometido en la misión, liberando el espíritu de las herencias recibidas: las del Evangelio, las de las contribuciones individuales. Otro campo concreto de experiencias: en los proyectos “mixtos”, donde conviven las religiosas y religiosos, varones y mujeres, se vive una profunda

toma de conciencia de la diferencia sexual que cuestiona de una manera muy práctica las antiguas maneras de hacer comunidad y vivir la misión. Esto también constituye una oportunidad para profundizar más la identidad propia y abrirse al entorno.

De esto se trata. La experiencia intercongregacional libera un nuevo sentido de identidad. Los y las participantes en proyectos intercongregacionales dan testimonio de ello: redescubrieron su carisma congregacional. Hicieron una experiencia humana que les llevó a transformaciones muy profundas. El contacto con otras congregaciones, lejos de hacer perder lo propio, lo reaviva. La identidad se consolida en la alteridad. Venir juntos para un proyecto común, venir de horizontes tan diferentes como lo son las herencias de cada instituto religioso y las historias de cada persona, da un sentido más marcado de limitaciones tanto en el tiempo, según lo hemos señalado, como en el aporte mismo. Se restaura un sano sentido de la *contribución vivida* tanto en la comunidad como en el proyecto misionero.

La contribución es la práctica concreta, realista y real, lo que está a nuestro alcance y que marca efectivamente la historia. Es nuestro don, a la vez lleno de

sentido y marcado por los límites. Contiene una renuncia: no hacemos ni vivimos todo. No abarcamos todo. No damos todo. Aportamos una contribución, un don limitado en el tiempo y el espacio, que es signo de un amor más profundo. Por la gracia de Dios se multiplica.

Los participantes y las comunidades de proyectos intercongregacionales tienen viva conciencia de esto porque su venir juntos está marcado desde el comienzo por las diferencias y las limitaciones. Es un grano de arena, es una semilla de mostaza, es una gota de amor en un océano de desafíos.

Pero así es. Esta experiencia pidió un arduo discernimiento, requirió una historia de diálogos y trámites, demanda constante un esfuerzo para cruzar fronteras entre los participantes, hacia la misión elegida: proyecto marcado por la precariedad no solamente de los comienzos sino del encuentro de las diferencias.

**La identidad
se consolida
en la alteridad**

También la mayoría de los testimonios escuchados hablan de obras donde la escucha y la presencia son fundamentales, no en primer lugar la eficacia técnica. Esto marca las relaciones comunitarias y las relaciones con el pueblo de la misión.

Por supuesto, esta relación marcada por una conciencia renovada de la contribución es una relación bidireccional. La conciencia de los límites abre a la escucha y da un sentido agudo de estar en constante aprendizaje. Aprendizaje de muchas diferencias pero sobre todo, aprendizaje del misterio del otro, que es, al final, aprendizaje del amor. Esto no es propio de las experiencias intercongregacionales, ni siquiera de la VR, es algo de toda misión y toda aventura comunitaria. Pero la Intercongregacionalidad nos lo revela ahora, de una manera más penetrante.

Esta experiencia de las relaciones como contribución, invita a una relectura de la vida de Jesús desde el mismo ángulo: Jesús contribución de Dios, Jesús una sola vida limitada, tejida entre muchas otras vidas, vivida en apertura radical, consciente de sus limitaciones, haciéndolas espacio de un amor fecundo que hasta ahora transforma la historia. Jesús como renuncia a la Totalidad.

Con la intercongregacionalidad, las congregaciones pierden una cierta seguridad institucional. Se lanzan en un ejercicio de escucha y de compartir, un diálogo muy atento a cada persona y a cada experiencia.

3. ¿QUÉ ANUNCIA?

Nuestra época recibe con sospecha las predicciones acerca del futuro. ¿Qué será la VR? ¿Qué nuevo rostro anuncia la intercongregacionalidad? ¿A qué nos lleva? La respuesta está en el presente, no en el futuro.

Las experiencias intercongregacionales llevan consigo una nueva conciencia comunitaria, la de comenzar juntos desde trayectorias profundamente diferentes, y una nueva apertura misionera, la de

responder a llamados urgentes y de punta. Son bases para construir y fortalecer la identidad místico-profética de la VR. Esta identidad se fortalece primero en las personas que participan de estos proyectos mediante de una interiorización radical de su carisma y de su vocación.

También repercute sobre los conjuntos congregacionales involucrados *corporativamente* en esas experiencias. Los testimonios escuchados abundan en este sentido.

Hay un efecto sobre todas la congregación pero es importante subrayar esta “individuación” e “interiorización” de la identidad carismática que las experiencias intercongregacionales proclaman.

Los/as participantes de las aventuras intercongregacionales, en diversos grados, “pierden” las señales marcadas en el ambiente, en el espacio, en los rituales comunes, en los rasgos de la familia definidos y celebrados en grupo homogéneo.

Pierden una cierta seguridad institucional. Se lanzan en un ejercicio de escucha y de compartir, un diálogo muy atento a cada persona y a cada experiencia. En este sentido, cada individuo hace un trabajo

propio de interiorización que lo fortalece en su identidad propia. Y la comunidad comparte los procesos en el compromiso de la ayuda mutua a crecer, cada una, cada uno, hacia la plenitud.

Una vez más: esto no es propio de la intercongregacionalidad. ¡Ojalá fuese pan cotidiano de todas las comunidades! Pero las experiencias intercongregacionales lo revelan ahora de una manera más marcada.

Identidad más asumida, para una misión liberada. El objetivo misionero, en el sentido amplio y multifacético del testimonio de toda la vida, es lo que convoca a las comunidades intercongregacionales.

Ellas anuncian una VR liberada para escuchar, discernir, mostrar la compasión de Dios, acompañar y anunciar la renovación y la transfiguración de la realidad... esas mismas palabras que como VR acabamos de marcar como líneas de animación y objetivos de conversión (CLAR, Plan Global 2009-2012).



“A MANERA DE DÉBORA”

Marian Ambrosio, idp



Testimonio existencial de la Hna. Marian Ambrosio, presidenta de la CRB de Brasil, a partir de la Lectura Orante de Jc 5, 2.

Revista CLAR, Nº 3 2011

¡Despierta, Débora!

¡Lanza un canto!

Cuando en Israel se hace consagración total y el pueblo se ofrece libremente:

Tú te levantaste, ¡Débora!

Y el pueblo del Señor descendió por ti...

Muchas veces experimenté la fuerza transformadora de la Palabra de Dios en mi vida, en la vida del pueblo, en la vida consagrada hoy, postrada ante la avasalladora intensidad del cántico de Débora, experimento **la autoridad de la Palabra de Dios.**

En el momento en que la crisis numérica de personas hace que la Vida Religiosa se sienta

impotente ante los ejercicios liderados por los proyectos “del mundo” nos sentimos sacudidas/os por la provocación que el mensaje de Débora nos trae:

¿Somos menos? ¡Hagamos alianzas!

En otros tiempos, no tan antiguos, aprendimos dos palabras claves: redes y sociedades. Ellas fueron presentadas en los procesos sociológicos de organización de grupos, y encontraron el suelo sediento por el frágil aislamiento de las iniciativas de nuestras Congregaciones.

El concepto de “red” nos enseñó a identificar el precioso (original, único, carismático), hilo ce nuestros proyectos, y al interligarlo a otros tantos, afines a él, respetamos dos criterios: no renunciar al propio colorido o a la propia espesura, y a consolidar el eslabón con un firme nudo. Y aprendimos mucho ¡y bien!

El concepto “sociedad” nos enseñó a identificar otros sujetos fuera de nuestra casa, con la ventaja del camino recorrido y de la experiencia madurada, y aproximarnos a ellos, respetando igualmente dos criterios: reconocer “humildemente” que mucha gente hace las cosas mejores, e ingresar en el proceso con la contribución de lo que somos y

que muchas veces también tenemos. ¡Y aprendimos mucho y bien!

Consciente de que el Señor camina al frente, recordamos lo que ya conocíamos antes que los demás, desde los tiempos de los proyectos iglesias-hermanas y otros tantos, y reinventamos una red-asociación muy nuestra: la intercongregacionalidad. Libanio escribió un artículo sobre el tema, y fue un profeta, pues lo tituló: Ampliar **alianzas** intercongregacionales”, abriendo una puerta a esta reflexión.

Cuando la Vida Religiosa “**se hace consagración total**” (Jc 5,2), el horizonte apunta hacia una nueva dirección, que exige criterios nuevos. La intercongregacionalidad, asumida como **alianza**, trasciende la comprensión de los procesos asimilados como redes o como parcelas.

En el planteamiento de la misión se indicaban los objetivos: testimoniar una forma de ser “iglesia-comunidad”, manifestar la diversidad de carismas y proyectos congregacionales, contribuir con la superación de la desnutrición y del abandono de la niñez, transportar incontables soleras de incontables familias aisladas en las montañas, sembrar la cultura de la paz, “estar al servicio” de la formación en el Seminario Mayor y en las casa de formación, y mucho...mucho más.

La presencia intercongregacional marcó señales indelebles, tanto en la vida de las misioneras y de sus Congregaciones, como en la vida de las comunidades del

pequeño país que amamos para siempre.

La **red** que se creó con miras a la concretización de cada uno de estos proyectos fue fuertemente establecida por los **lazos** (nuestros) que garantizaron solidez, continuidad, eficiencia, una vez que, de mano en mano (hilo por hilo), se tornó posible alcanzar el extraordinario resultado sentido en cada palabra y en cada abrazo en el momento de la despedida.

La intercongregacionalidad, asumida como alianza, trasciende la comprensión de los procesos asimilados como redes o como parcelas.

La lectura Orante del Cántico de Débora nos permite sumergirnos en algo muy diferente: lo que moviliza a las personas consagradas a reunirse no es solamente un proyecto, o mejor dicho, el proyecto puede significar, simplemente, el punto de partida.

Lo que fascina en el cántico de Débora y en el testimonio de las comunidades intercongregacionales, es una certeza interior imperante: **¡Quien convoca es Dios!**

Es con él, y su sueño de continuar descendiendo junto a su pueblo que sufre y suplica, que se establece una **alianza**. Al revés de los hilos que se entrelazan, lo que reúne a las personas consagradas es una vocación.

En una comunidad intercongregacional, el testimonio de las Hermanas se experimenta no solo a través de su capacidad para alcanzar los objetivos de un proyecto, sino en su extrema disposición interior de **hacer parte de este “lugar teológico” desde el cual se grita al mundo que Dios es comunidad.**

Podemos, es evidente y saludable, enumerar las características personales e institucionales necesarias para la configuración de una misión en la intercongregacionalidad:

El proyecto común a favor de la vida, en el cual invertimos el tiempo, energía, capacidades; el don de acoger lo diferente y generar integración.

La dinámica de reconocimiento de la gracia de cada Crisma y de su gran potencial creativo y profético-testimonial.

La facilidad para adaptarse a nuevas formas de expresión de la espiritualidad y de la organización de lo cotidiano...

¿De dónde viene, sin embargo, la opción de perder el bien personal para ganar el bien común, de morir a la seguridad del saber congregacional para generar la hermandad intercongregacional?

¿De dónde viene la sabiduría para conocer el tiempo de callar y el tiempo de hablar?

¿De dónde viene la opción de perdonar todos los días, de renovar la confianza, de entregarse a las sorpresas? ¿De dónde viene la certeza de que el amor evangélico es diverso del amor humano?

¿En nombre de quién se enciende de nuevo la llama de la **consagración total** en una comunidad que no se escogió a sí misma? Cualquier respuesta posible viene formulada a partir de Dios. Con Dios, no basta construir una red o establecer una sociedad...

Al hablar de **alianza** intercongregacional, los parámetros son nuevos. Dios es absolutamente unilateral al convocar, reunir y enviar. Es bajo esta perspectiva, que Débora se convierte en nuestra maestra.

Si exploramos otros íconos bíblicos, encontraríamos muchos más pasajes ilustrativos de esta capacidad de resistencia del pueblo de Dios. Liderado, generalmente, por figuras femeninas las parteras, Jocabed y Miriam que desencadenaron el proceso del Éxodo.

Recordamos a Rut y Noemí que, en su larga caminata, experimentaron desde una gran desolación hasta la plenitud de la vida y de la alegría. Simbolizan la resistencia de los humildes, de todas las personas a quienes la sociedad niega un lugar y un futuro. (Lc 2,7...).

En la misma corriente de vida y resistencia encontramos a Judith, a Ester y principalmente a la madre de los Macabeos. Ilustran la ternura y la tenacidad confiada con tantas mujeres, de ayer y de hoy, esperan “contra toda esperanza” (Rm 4, 18).

La mística y la profecía de la Vida Religiosa, tejida con hilos de ternura y resistencia, solo es posible si es asumida en una perspectiva colectiva y solidaria.

Más que establecer redes y sociedades intercongregacionales, la Vida Religiosa está llamada a vivir la Alianza como origen de su vocación mística y profética.

La Vida Religiosa está marcada por el celo y la pasión a favor de la vida, de la justicia y del derecho (Is. 1, 17). La sacralidad se desplaza de rituales, de los holocaustos y del culto, hacia la ética del día a día, a través de la justicia en relación con los más frágiles.

Débora nos convoca e inspira a asumir con tenacidad la lucha a favor de la vida hasta el final.

Que el Señor te conceda la audacia de Débora y la valentía de Ester y de Judit.

Que te colme de alegría como a Ana, de lealtad y de amor fiel como a Rut.

Que puedas cantar y danzar junto al mar como María la profetisa, y como María de Nazaret proclames la grandeza del Señor en el triunfo de los hambrientos y de los humildes.

Que llegues a encontrarte con Jesús, como lo encontraron María Magdalena y Marta, y Salomé y la samaritana, y El les devolvió la dignidad.

Porque ella, tu y todos, mujeres y hombres estamos llamados a ponernos en pie y glorificar a Dios.

Vivir como las flores

Maestro, ¿qué debo hacer para no quedarme molesto?
Algunas personas hablan demasiado, otras son ignorantes.
Algunas son indiferentes.

Siento odio por aquellas que son mentirosas
y sufro con aquellas que calumnian.

- ¡Pues, vive como las flores!, advirtió el maestro.

- Y ¿cómo es vivir como las flores?, preguntó el discípulo.

- Pon atención a esas flores -continuó el maestro,
señalando unos lirios que crecían en el jardín.

Ellas nacen en el estiércol,
sin embargo son puras y perfumadas.
Extraen del abono maloliente todo aquello
que les es útil y saludable,
pero no permiten que lo agrio de la tierra
manche la frescura de sus pétalos.

Es justo angustiarse con las propias culpas,
pero no es sabio permitir
que los vicios de los demás te incomoden.

Los defectos de ellos son de ellos y no tuyos.
Y si no son tuyos, no hay motivo para molestarse...

Ejercita pues, la virtud de rechazar
todo el mal que viene desde afuera
y perfuma la vida de los demás haciendo el bien.
Esto, es vivir como las flores.

Señor,

Toda nuestra vida es una búsqueda
Y te vamos encontrando paso a paso,
momento a momento,
en nuestro caminar.

La actitud de quien busca... es ya una
razón para esperar el encuentro...
no te canses...
rastrea las huellas de Dios.

Sus manifestaciones están muy cerca,
en las personas, en la naturaleza,
en los acontecimientos.

Busca el rostro de Dios
en sencillez, con
paz interior.

A Elías, se le manifestó Dios en Horeb:
pasó un viento huracanado,
pero en el huracán no estaba Dios.

Hubo un terremoto,
y en el terremoto no estaba Dios.
También pasó el fuego,
y en el fuego no estaba Dios.

Después del fuego, sopló una brisa suave,
y en la brisa se oyó la voz
del Señor.